

PRESENCIA DE MARTÍ

EL POETA EN LA GUERRA: *DE CABO HAITIANO A DOS RÍOS* DE JOSÉ MARTÍ

Susana Zanetti

Otros lamentan la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida.

José Martí (1)

«Murió por la patria. Dio la vida por un sentido de la justicia, la condición más básica y material de su existencia, por la idea de una comunidad futura. ¿Cuáles son las condiciones que hacen posible el intercambio entre el cuerpo del soldado/

poeta y los principios de la patria futura? Cuáles son los discursos que intervienen para producir la eticidad del patriotismo, el nexo de la identificación, la lógica que regula el valor del intercambio, el don mayor de todos, que el soldado — particularmente aquel que cae en la batalla— le ofrece a la comunidad?» (2)

Estas preguntas que se hacía hace poco Julio Ramos para encarar la relación problemática entre el intelectual moderno y la guerra, respecto de otros textos martianos, encaminan algunas de mis reflexiones sobre *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, especialmente las vinculadas con «el nexo de la identificación», es decir, con la configuración de un nosotros en el que se recorta y transfunde la compleja densidad de un sujeto, al resguardo del aparente secreto de un diario, para dar soporte y sentido a su función en la dirigencia revolucionaria.

Entre el 9 de abril y el 17 de mayo de 1895, en un tiempo brevísimo, hostil a los recuerdos personales y al amplio ingreso de la Historia, día a día, acuciado solo por el registro del presente, Martí inaugura la ansiada experiencia de la guerra y una nueva experiencia de lenguaje, de escritura, para construir la última imagen del «héroe-guerrero-mártir y las bases de una política redentora» (3) en un singular cruce de guerra y poesía.

Una escritura nueva

Es difícil aceptar que este diario sea solo, simplemente, un esbozo —«apuntes, pinceladas, acaso meras viñetas que Martí hubiera completado». (4) Es cierto, sí, que sobre todo las primeras anotaciones producen ese efecto; pero, a lo largo de los días ese sujeto de la escritura hace muy marcadas elecciones, insistentes en cuanto a la referencia y en cuanto a muy variados procedimientos, que tienen implicaciones tanto estéticas como ideológicas. Son claro ejemplo la continua percepción de la naturaleza, unida estrechamente al hombre, en una resignificación del

espacio tropical americano y de sus habitantes, estigmatizados por un pensamiento de larga data. Hay fruición y regodeo en la descripción de los múltiples cambios del paisaje en las distintas horas del día y del clima, en el registro de los nombres locales de los árboles, así como en las expresiones y los dichos de los innumerables personajes, conformados casi siempre en una certera selección de pocos rasgos.

Ese lazo armonioso, vivido por Martí hasta entonces a menudo como demanda y carencia, se inscribe en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* con una riqueza difícil de concebir en tan pocas páginas. Y es este un efecto de escritura sustentado por sus modulaciones, que tienden ya a las formas impersonales o a la elisión del sujeto gramatical; ya la acumulación de formas nominales que pronto dan paso a la presencia verbal también concentrada («Cada cual con su ofrenda —buniato, salchichón, licor de rosa, caldo de plátano—. Al mediodía, marcha loma arriba, río al muslo, bello y ligero bosque de pomarrosas; naranjas y caimitos. ... La gente cuelga hamacas, se echa a la caña, junta candela, traen caña al trapiche para el guarapo del café. ...» p. 217), junto a la escueta nota de color y al despliegue de sonidos y olores, todos con significaciones simbólicas apoyadas en ritmos y sonoridades, en el uso de los signos de puntuación; practicadas antes por Martí, ahora cobran nueva intensidad.

Sin dudas, el ritmo rápido, dramático, las impresiones de inmediatez de lo vivido, surgen de las indeterminaciones, los blancos, los vacíos generados por el potencial literario del texto «sujeto a anticipaciones y retroacciones en la configuración de sentido de la lectura; (5) pero esta lectura se ha dado, siempre, en situación especial: el lector, sabiendo desde el inicio un final clausurado por la muerte violenta, lee el diario al filo de la inminencia —modulada por la factura misma del texto—; vive en las muertes narradas («Juan llegó, el de las escuadras, él vio muerto a Flor, muerto, con su bella cabeza fría, y su labio roto, y dos balazos en el pecho ...», p. 221) el vaticinio de esa otra

imposible de referir. Todas las lecturas de este diario están signadas por el sacrificio por la patria del Apóstol, el Maestro, de este Autor (6) fuerte de la literatura latinoamericana —y más allá, de la historia, de la utopía revolucionaria, entre otras muchas cosas—, desde su primera recepción.

Desde protocolos similares a éste se ingresa siempre a la lectura: «Este diario de Martí, de la última etapa de su peregrinar revolucionario, fue publicado por primera vez en el *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez, 1868-1899* ... en edición homenaje al cumplirse el 104 aniversario del natalicio del General Máximo Gómez, el 18 de noviembre de 1940, y por separado, en edición extraordinaria, con una introducción y notas bibliográficas y pensamientos martianos, en 1941, por el historiador Gerardo Castellanos G., hijo del comandante Gerardo Castellanos Leonart, hombre de toda la confianza del Maestro y su primer comisionado a la Isla, después de fundado el Partido Revolucionario Cubano.» (p. 213). Sabemos que proviene del Archivo de Máximo Gómez, que no ha escapado a la vulnerabilidad de todo diario (falta la anotación del 6 de mayo, 4 páginas) mutilado y también ajeno a los retoques y revisiones a que suele someterlo más tarde el autor, inmerso en la densidad temporal del presente: «Veintisiete pequeñas hojas o cuartillas, útiles y escritas todas de puño y letra del mismo (de Martí), en escritura microscópica alternativamente con tinta y lápiz.» (p. 213).

Este pequeño manojito de páginas tiene sin embargo elecciones estéticas fuertes, como dijimos. Una notable es el intento de no quebrar la íntima unión entre lo sentido, lo vivido y la escritura. Más que con lo secreto, rasgo básico de todo diario, trabaja con dimensiones recónditas, entrañables y al mismo tiempo abiertas al mundo, en las cuales el cuerpo, la materialidad de la escritura, se difuminan, se transforman en un lugar de pasaje y de encuentro casi intocado.

De Cabo Haitiano a Dos Ríos enuncia reiteradamente el acto de escribir otros textos («Escribo al aire, al Camagüey, todas las cartas que va a llevar Calunga, diciendo lo visto, anunciando el viaje, al Marqués, a Mola, a Montejo. —Escribo la circular prohibiendo el pase de reses, y la carta a Rabí.» (p. 239). No se detiene en las carencias dadas por las circunstancias, dichas en las cartas simultáneas al diario: «Yo escribo en mi hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a mis rodillas por una púa clavada en tierra. Mucho tengo que escribir ...»(7) Se silencia además las reflexiones propias del diario de un escritor sobre literatura y arte, sobre su propia escritura, para fabularla en la conjunción del sujeto y el mundo en el nacimiento de la metáfora: «... entre los nidos estridentes oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima —es la miríada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de alma de hojas?» (p. 218).

Desde otras perspectivas de análisis, Fina García Marruz destaca estos rasgos del diario: «Ese salto de un orden de realidades a otro, que parece romper la causalidad natural, del discurso, da a veces un grado enorme de irrupción poética a lo que escribe.» (8)

Contribuye para pensar este diario como una práctica nueva de escritura, la del poeta en la guerra que afirma sus convicciones sobre los fines de la revolución, afianzados con la construcción del nosotros, el hecho de que los otros textos que Martí redacta en el campamento—cartas, circulares, etc., algunas muy importantes como la medulosa y larga fundamentación de la lucha en Cuba, a publicarse en el *New York Herald*, del 2 de mayo— no dejan traslucir dificultades en su producción ni se diferencian del estilo habitual de Martí para ese tipo de discurso.(9) De allí que privilegie para interpretar la fragmentación,

la urgencia, la inmediatez del diario, el considerarlas generadas, sobre todo, por los procedimientos literarios elegidos por el sujeto de la escritura, quien, además, veía este texto como «el arte de embellecer esta dura vida de campamento.»(10) Es decir, pensar *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* como la concreción de una búsqueda, aferrada a algunos de sus presupuestos estéticos más firmes —el vínculo estrecho entre la poesía y lo real, entre acción y escritura— que se entraman con sus concepciones éticas y políticas expuestas hacía poco en el *Manifiesto de Montecristi*, pórtico textual de su acción en la guerra.

... Otra cuestión se relaciona con esto. *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* cierra, con la brusca irrupción de la muerte, la *Obra martiana*, en el sentido de Blanchot, (11) así como la consumación de un destino, constituidos ambos en el interior de una producción casi siempre fragmentaria. *Versos sencillos* podría ser una excepción. Sin embargo, los marca la discontinuidad, los blancos y las fracturas enigmáticas, como modalidades elegidas para, entre otras cosas, constituir una autorrepresentación, basada en buena medida en episodios autobiográficos de desigual envergadura que cobran coherencia y significaciones en el trabajo de ritmos y sonoridades, en enlaces secretos apoyados en el verso y la estrofa con la narración. Las búsquedas de este breve poemario, además, tienen interesantes puntos de contacto con el diario de campaña que analizamos.

En medio de los conflictos y las dificultades de la guerra, la carta testamento a Gonzalo Quesada y Aróstegui (12) evidencia la importancia que Martí otorgaba a la organización de sus textos, como modo de soldar esa fragmentariedad, que a la vez le posibilitaría proyectar una imagen de sí sólida. Pensaba, con razón a la luz de los hechos inmediatamente posteriores a su muerte, que su obra era un reaseguro, con el sello de un Autor y su estilo -con sus temas obsesivos y tensiones que lo empujan constantemente a la antítesis, para luego, al cierre de una frase,

desplegar una sentencia, un aforismo, que restituye o tranquiliza sus convicciones. Son estas algunas de las modalidades de sus demandas de totalidad y de unidad —de sí como sujeto y como sujeto de la escritura, con los otros y el mundo—, de una plenitud difícil de asir en la modernidad. Debe afrontar, desde su particular condición, los conflictos del escritor-artista y del intelectual moderno (13) entre autonomía del arte y política, entre los actos y la literatura, entre la guerra y la poesía: ahora, en el presente del diario de campaña, ya está «en los días en que los hombres firmaban las redondillas con su sangre», donde «las rimas eran ... hombres». (14) Pero el «poeta en actos» deriva, nuevamente en el diario, la poesía a su escritura.

Deslinde

Antes de continuar con el desarrollo de la constitución del nosotros me interesa detenerme en un deslinde. En general se suelen considerar juntos, como una unidad, *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, en un continuo. Son muchas las diferencias entre uno y otro. Los distancia el momento de publicación, las modalidades de su recepción, los efectos de la situación de lectura —señalados escuetamente más arriba—, el problema del destinatario.

Como sabemos, el primero toma la forma de la carta, destinada a dos adolescentes, María y Carmen Mantilla. Perteneció al ámbito privado, íntimo martiano, de modo singular: escribe a sus hijas en el afecto. Esta condición favorece cierto didactismo de padre que aconseja con el ejemplo, ciertas retenciones del diario, aunque al mismo tiempo llaman la atención algunos exabruptos, según la idea martiana del decoro, como la alusión a sus conflictos conyugales («... y luego —la que había dormido bajo los besos indios del mártir, —se acostó a dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo y de Juan Cano. El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero

hablar, —ni de patria, ni de mujer. ... La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre.» (p. 212)

Es cierto también que el marco epistolar dado a este primer diario no borra su factura literaria, en el sentido de una autonomía que lo libera de los lazos familiares para entregarse a la fruición de escribir, a veces al goce —tan conflictivo en Martí— de apresar sutilmente en una imagen el cuerpo femenino: «A la moza que pasa, desgonzada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro ...» (p. 186) o «La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.» (p. 206). Justamente esta «tentación de lo femenino»(15) es reemplazada, aunque no totalmente (resuena en la pantufla de flores de la andaluza, p. 239) en el diario de campaña con la pastoral del hogar como refugio abierto al soldado fatigado; con las manos femeninas, domésticas, que alimentan y cuidan, sin renunciar al rol de la matrona fuerte, capaz de empuñar las armas o de empujar a los hijos a la guerrilla.

La mujer juega un rol activo en la construcción del nosotros nacional, destacado en la referencia continua. El diario se detiene largamente a veces en ella, como ocurre el 19 de marzo con la mambisa, figura ejemplar, cuyo nombre, Caridad, aún simbólicamente, en los dos personajes que lo conforman, la misión sagrada por la patria con la particular de la condición femenina. Todo este relato merecería un análisis detenido entre los innumerables que configuran las significaciones de «un pueblo en guerra», donde la epicidad se sustenta fundamentalmente en seres anónimos, sujetos en general a la opresión social y a la discriminación. Me interesa por ahora indicar con la cita el tratamiento del rol femenino: «...Va y viene ligera; le chispea la cara; de cada vuelta trae algo, más café, culantro de

Castilla ... Ella es Caridad Pérez y Piñó. —Su hija Modesta, de 16 años, se puso zapatos y túnico nuevo para recibirnos, y se sienta con nosotros, conversando sin zozobra, en los bancos de palma de la salita ... Nos cose. El General cuenta «el machetazo de Caridad Estrada en el Camagüey.» Caridad recoge a su hija al brazo, y chorreando sangre, se les va detrás: «Si hubiera tenido un rifle.» Vuelve, llama a su gente, entierran al marido ... Caridad enseñaba su herida. Y siguió viviendo, predicando, entusiasmando al campamento.» (p. 219)

Si bien es cierto también que el paternal mensaje a Carmen y María Mantilla pueden pesar en la insistencia en «la casa pura», «la buena casa» o «la casa pulcra», «donde enseña todo la mano laboriosa», estas imágenes de hogar y familia, uno de los fundamentos de su valoración de esas comunidades conformadas por un alto número de negros y mulatos, y de su representación del nosotros, persisten con igual fin en el diario de campaña, abriéndose con frecuencia al campamento, al cual brindan maternal amparo: «La mujer india ... de ojos ardientes, rodeada de siete hijos, en traje roto, con el pañuelo atado a lo alto por las trenzas, pila café.» (p. 217).

La guerra que funda la nación quiebra las fronteras entre intimidad familiar y vida pública; las cualidades de la primera y sus prácticas sostienen en buena medida la integración comunitaria, deseada para la patria en ciernes. Los hombres hallan alimento, descanso, en espacios que reproducen o son un hogar. Hombres y mujeres se exponen a los riesgos del ataque sorpresivo y a las dificultades y sufrimientos de la marcha; varía solo el grado. El Diario avanza en el contrapunto de una y otra escena —del reposo o la charla mientras se come en un ámbito familiar, que expande sus significaciones maternas y fraternas, al camino—, confundiéndolas a menudo, interpenetrándolas. Continuamente apunta un heroísmo que nace en el hogar mismo, pues allí se pelea o se resiste, así como en la prueba de abandonar la familia, como ocurre, entre otros

muchos ejemplos, con Plutarco Artigas: «Y Plutarco Artigas, amo de campo, rubio y tuerto, puro y servicial: dejó su casa grande, su bienestar, y «nueve hijos de los diez que tengo, porque el mayor me lo traje conmigo.» Su hamaca es grande, con la almohadilla hecha de manos tiernas; su caballo es rucio, y de la mejor comarca; él se va lejos, a otra jurisdicción, para que de cerca «no lo tenga amarrado su familia»; y «mis hijitos se me hacían una piña alrededor y se dormían conmigo.» (p. 236).

La casi constante presencia femenina participa de valores viriles; los semas que articulan virilidad y feminidad migran de un sujeto a otro, aun en la representación de Martí mismo, quien se diseña como físicamente débil, rodeado de cuidados y asistencia. (16) Innumerables escenas de este tipo contribuyen a configurar su carisma y la adhesión que despierta; diluyendo —es uno de sus modos de diluir— las distancias generadas por la superioridad intelectual y el rol de mando para integrar el nosotros. Debilidad física e inexperiencia militar, el desconocimiento de la manigua, sostienen la actitud paternal o de hermano mayor de los otros, su sentimiento filial, (17) que alcanza a la naturaleza, explícitamente expresado en *De Montecristi a Cabo Haitiano* («Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos.» p. 192) y aludido con persistencia en el diario de campaña.

Otra diferencia significativa entre uno y otro diario es la de que el epistolar dice desde el comienzo su incompletud: «Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Uds., con los que les mandé antes.» (p. 185). Y enseguida: «Del viaje, ahora que escribo, en la casa pura de Nicolás Ramírez, solo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles —unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer, —unas cuantas frases.» (p. 186). Presenta, además, (otra diferencia con el diario de campaña) amplios blancos en la continuidad temporal, así como suprime

todo comentario sobre sus angustias políticas. Es difícil hacer coincidir con el tono del diario lo que expresa a Tomás Estrada Palma, en carta de 16 de marzo (el diario salta del 6 al 29 de marzo): «Yo creo que al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno ni a ajustar, como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles entre los que no entienden que para defender la libertad se debe comenzar abdicando de ella, —y los que a la misma libertad se entregan, y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio.» (18)

En este diario la imagen que el sujeto construye de sí y del otro descansan con frecuencia en reflexiones, que explicitan sus intereses y actividades. Es un intelectual reconocido, un hombre culto con rango notorio en la dirigencia revolucionaria. En el texto aclara vocablos rurales regionales, se preocupa por la educación y el analfabetismo, revisa y critica libros tanto estética como ideológicamente, habla muy bien francés en un medio en el que impera el créole, transcribe frases en esa lengua y en alemán tanto como apunta coplas populares. Un motivo fuerte de ambos diarios, la ofrenda, cierra *De Montecristi a Cabo Haitiano* justamente con el regalo de libros: «Con un doblez de papel en que pido libros, para escoger, a la librería de la esquina, la librería haitiana, le doy un billete de dos pesos, a que lo guarde en rehenes, mientras escojo. —Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros, —y los dos pesos.» (p. 212)

Hacia el final la lectura introduce dolorosos recuerdos personales que abren la temporalidad hacia momentos de gran carga simbólica de la historia latinoamericana, la llegada de Colón y la caída de Tenochtitlan, dando a la lucha que va a comenzar, última etapa de la independencia, un sentido último de reparación. Como dije, *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* se ciñe al presente, con la única excepción de la memoria de la guerra grande. Olvida el exilio, la vida fuera de Cuba o los afectos familiares o amorosos.

De Cabo Haitiano a Dos Ríos

«Lola, jolongo, llorando ... « Las palabras iniciales de *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* son un significante difícil de amarrar a un sentido claro. (19) Ellas abren, evocando la cadencia afrocubana, el regreso a la patria (20) y la entrada en la guerra. El ritmo caribeño pareciera encaminarla hacia la esperada «unidad de alma», cuyos avatares pone el diario en escena.

«Un diario suele ser un espía y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos ... Nunca se ha de divulgar detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido.»(21) La aclaración justifica las ausencias al tiempo que se entrega, al retacear la ilusión confidencial —un diario no es el lugar donde todo puede decirse— al imperativo de apresar la fugacidad de los días, de los momentos de la prueba de fuego: sin blancos, cercando la discontinuidad de todo diario.

Narrativiza la marcha por la manigua como si se interrogara sobre la verdad y los riesgos de sus principios, sobre lo que da un horizonte de sentido a la lucha: la violencia ceñida a las necesidades de la independencia, el cuidado de vidas y bienes, el respeto al español neutral, la confianza en negros y mulatos en la constitución de la república, la sujeción del mando militar a un gobierno civil democráticamente elegido.(22) El relato va diseñando la importancia de la dirección intelectual para disolver disensiones y forcejeos localistas, o las ambiciones de poder. Las anécdotas van anudando los altibajos de su misión, una misión con fuerte carga espiritual, capaz de obligarlo al renunciamiento y al sacrificio.(23) Esta cuestión provoca una de las pocas reflexiones de cierta extensión: «Escribo poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso ...»

El encuentro pauta el relato y fundamenta el nosotros, articulando una profusa red de significaciones.

Una de sus flexiones es hacia el pasado reciente que diseña un origen y una densidad al nosotros, al tiempo que disipa la lectura repetitiva de la historia. El desplazamiento sigue el de las tropas a Camagüey, repasando la guerra grande en el itinerario y en la memoria. Puntea la narración el recuerdo continuo de viejas anécdotas, de microrrelatos que reconceptualizan la guerra independentista de muy diversos modos, dando espacio y atención al diálogo, al recuerdo de los actores, a las concepciones del otro acerca del destino común. Por otra parte, encauza el derrotero la Asamblea de Delegados para elegir el gobierno revolucionario, punto clave de la misión intelectual martiana, cuyas instrucciones y circulares a los jefes de operaciones para el envío de representantes escribe Martí el 28 de abril, como apunta en el diario. Las cartas contemporáneas explicitan el carácter de gestor intelectual de la nueva empresa revolucionaria («De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento», «A la campaña primera española, la campaña política para reducir la guerra»)(24) que el diario casi se limita a narrativizar; y en ese contrapunteo con la guerra grande, surge el recuerdo no solo del heroísmo sino también de las disensiones y de las demandas (puestas también en boca de los viejos actores), cuya sombra amenaza con comprometer a «una revolución tan cosquillosa y espantadiza como la nuestra.» (25)

Un ejemplo claro de estas estrategias que legitiman su rol, conjurando el civilismo en que se lo quiere encerrar, es el espacio que dedica al relato de las disidencias entre los Donato y Céspedes, el 7 de mayo, luego de la discusión con Antonio Maceo, receloso de los «enredos» del «sabio Martí».(26) El 16 de mayo vuelve al tema: «Convicción de Pacheco, el Capitán: que el cubano quiere cariño y no despotismo: que por el despotismo se fueron muchos cubanos al gobierno y se volverán a ir: que lo

que está en el campo, es un pueblo, que ha salido a buscar quien lo trate mejor que el español, y halla justo que le reconozcan su sacrificio...» (p. 242). Si se reiteran los actos heroicos, es tarea que Martí encara como propia el procurar que no se caiga en la dictadura, la «víbora» que le había nacido a la revolución. (p. 230)

De Cabo Haitiano a Dos Ríos no se demora en el arte de la guerra. La epicidad se forja a través de un sujeto colectivo, cuya fraternidad se afianza en las dificultades y el esfuerzo, muchas veces en movimientos de ascenso a los que se imprime significados simbólicos, como en el sonoro «Subir lomas hermana hombres». Solo en unas breves líneas dedicadas a José Maceo pareciera que Martí rememorara el arrojado del llanero Páez: (27) «José Maceo, formidable, pasea el alto cuerpo: aún tiene las manos arpadadas, de la maraña del pinar y del monte, cuando se abrió en alas la expedición perseguida de Costa Rica, y a Flor lo mataron, y Antonio llevó a dos consigo, y José quedó al fin solo; hundido bajo la carga, moribundo de frío en los pinos húmedos, los pies gordos y rotos: y llegó, y ya vence.» (p., 225). La «Jornada de guerra» de 25 de abril —el diario se detiene largamente en ella— reitera una representación de la lucha, —evidente en la cita anterior— en la cual se atiende al sufrimiento más que a la hazaña, o más bien la hazaña es tal por los sufrimientos que conlleva («Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban.»; la exclamación dolorida: «¡Los pobres pies, tan cansados!» pp. 223/224) Ellos constituyen el «altar de la patria», su fundamento sagrado, que culmina en la caída en combate. La muerte, el acto de entrega más alto, se transfunde a Martí mismo en las palabras de Rosalío Pacheco, «por usted doy mi vida», casi al filo de su fin. Es muy difícil no incluir en la experiencia de la lectura del diario efectos como éste, que escapan a la escritura martiana, o más bien dejan en ella una impronta enigmática.

Más que de los detalles de la organización militar, el texto se ocupa del registro de los sucesivos encuentros que dan pie a

la solidaridad, al cambio de opiniones, a diversos movimientos de inclusión, de integración en muy distintos órdenes (sociales, raciales, de nacionalidad, culturales, etc.): «Juan Telésforo Rodríguez, —ya no quiere llamarse Rodríguez, porque ese nombre llevaba de práctico de los españoles, —y se va con nosotros.» (p. 218). Si, y es correcto, como afirma Ada Teja, Martí «está construyendo literariamente la cohesión social de la nación», (28) lo hace apostando a la heterogeneidad como fundamento del nosotros. Va diseñando este sentido en ese enjambre de múltiples anécdotas, de personajes que se incorporan a la pelea desde historias, condiciones y lugares diferentes (en cuyo relato se detiene) dispuestos a compartir: este lexema mueve la representación, sustenta su idea de identidad nacional. Dice al respecto Claudia Caisso: «Los otros nunca están por encima o por debajo de él, sino que permanecen a expensas del insólito alcance de su presencia.» (29) Este sujeto colectivo, que ejemplariza sus concepciones del hombre natural, tiene en negros y mulatos un componente mayoritario y altamente valorado, como réplica a las prevenciones y al control que sobre ellos pretendían imponer buena parte de los amigos y de los enemigos de la revolución.(30)

El retrato, entreverado con retazos del pasado y los gestos, dichos o algunos pocos apuntes del movimiento del personaje en el presente, es un recurso privilegiado para la valoración de esos sectores. Son también un alarde de estilo: «Ramón, el hijo de Eufemio, con su suave tez achocolatada, como bronce carmíneo, y su fina y perfecta cabeza, y su ágil cuerpo púber.» (p. 22) El estigma, el prejuicio, se revierte en una belleza que es índice de valores espirituales: «Bello, el abrazo de Luis, con sus ojos sonrientes, como su dentadura, su barba cana al rape, y su rostro espacioso, sereno, y de limpio color negro. ... De la paz del alma viene la total hermosura a su cuerpo ágil y majestuoso.» (p. 220). A veces, el relato de los hechos del día se organiza desde un retrato fragmentado que ritma la construcción, como ocurre el 20 de abril con el de Jaragua.

Martí construye un nosotros de base democrática, apelando también a la flexión inclusiva de la oralidad: inundan el diario la fonética, las expresiones coloquiales y regionales, los dichos, de una lengua oral que ingresa directa con frecuencia, a través de voces numerosas, anónimas, que casi disuelven la distancia entre su escritura y el lenguaje de los otros. No quedan rastros de sus conocimientos, solo una vez mencionados, en la simbólica unión de las armas y las letras: «Me meto la *Vida* de Cicerón en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas» (p. 218). Expande en cambio el saber campesino, esa cultura analfabeta adensada en la tradición y la experiencia.

El sujeto que enuncia se une a ese campesino en la insistente primera persona del plural de verbos que marcan actos compartidos: «Alarma; y preparamos», «silbidos y relinchos: saltamos: apuntamos ...» El nosotros alcanza varias veces una plenitud simbólica: «Y nos pusimos a la miel ansiosos.—Rica miel, en panal. —Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta atrás, una paloma y una estrella.» (p. 216/17)

Conjuga el riesgo de la distancia, por su condición de intelectual y dirigente, con el subalterno analfabeta, de muy diversos modos. No diluye ni oculta la diferencia —a veces el vínculo se consolida desde ella—, tiende puentes que funden la actividad jerarquizada con la general de soldados y vecinos. Un ejemplo. El diario reitera una función primordial de este sujeto: la escritura. «De tarde y noche escribo, a New York, a Antonio Maceo ... y la carta de Manuel Fuentes al *World*, que acabé con lápiz sobre la mano, al alba.», (p. 225); «hamacas, escribir; leer.», (p. 240); «lluvia, escribir, leer.», (p. 242). Las *Obras Completas* recogen todos estos textos, corroborando la intensa actividad de escritura en menos de mes y medio, y así se autorrepresenta. Pero persiste en definirla como trabajo, casi diariamente, el 28, el 29, el 30 de abril, entre muchos otros días.

Es en la dirección revolucionaria donde aparecen la disidencia y las competencias de autoridad. Martí llega como Delegado y enseguida es nombrado General en Jefe. El enfrentamiento con Maceo en La Mejorana ensombrece sus anotaciones: si, por una parte, ingresan con mayor frecuencia los recuerdos de las desavenencias de la guerra grande; por otra, apunta la confirmación de sus convicciones («El espíritu que sembré es el que ha cundido...», p. 236) y la adhesión popular, que entraña también la coincidencia de concepciones políticas y éticas, un saber compartido del cual Martí es portavoz, que legitima su lucha. Este reconocimiento es claro en la propuesta de Martí como presidente y la defensa que hace Bellito ante la negativa de Máximo Gómez: «Y cuando Gómez dice: «Pues lo tienen a usted bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo»: y en seguida, «porque yo no sé qué le pasa a los Ptes., que cuando llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco y Washington» —Bello, animado, se levanta y da dos o tres brincos, y el machete le baila a la cintura: «Eso será a la voluntad del pueblo», y murmura: «Porque nosotros, —me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco,— hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombre.» (p. 238)

La autoridad carismática martiana se diseña en el diario sobre todo a través de la puesta en escena de lazos afectivos, fraternales y filiales, presentes en jefes y soldados, con la excepción de Antonio Maceo. Gómez cuida a Martí como padre tanto como el resto de los guerrilleros; pero además juega un rol activo en las sanciones —los fusilamientos— y fija los límites, en función de la experiencia, a la autoridad del hijo (como se ve en el ejemplo recién citado). La adhesión se concreta en las sucesivas ofrendas, que dan al vínculo dimensiones sagradas. Este extraño diario de guerra se colma de dones; la experiencia de la guerra y la sangre se colma de alimentos: el general Máximo Gómez junta miel, otros cazan y cocinan la jutía, viene la leche de coco, el salchichón o el malanga. No solo se insiste en

la construcción de un nosotros mediante la mesa compartida, se enumera el contenido de cada comida, casi se nos da la receta: «Cada cual con su ofrenda —buniato, salchichón, licor de rosa, caldo de plátano.» (p. 217). Se va cumpliendo así también el sentido de su misión: «Entra el vecino dudoso Pedro Gómez y trae de ofrenda café y una gallina. —Vamos haciendo almas.» (p. 219).

La otra ofrenda, extraña en un diario de guerra, es la del goce, de la fruición que brinda la naturaleza. La inclemencia del tiempo, el peligro del 11 de abril, cuando alcanzan tierra cubana, parecen desvanecerse: «Salto. Dicha grande.» (p. 215).(31)

Ese ámbito del Oriente, no entrevisto antes, es descripto, a pesar de los obstáculos, con cierto sabor eglógico, a través de imágenes prístinas, en las que la contemplación se engarza en la compenetración de los hombres entre sí con la naturaleza; el sujeto mismo se deja absorber, fundiéndose en ella: «Al mediodía, marcha loma arriba, río al muslo, bello y ligero bosque de pomarrosas; naranjas y caimitos.» (p. 217), o bien «La lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contramaestre: la caricia del agua que corre: la seda del agua.» (p. 241)

Si el diario narrativiza la posibilidad de un nosotros integrado en el respeto del otro, heterogéneo y fraternal, como base de la futura república, ese nosotros se sustenta en un espacio, en ese paisaje que se reclama y por el cual se lucha, puesto que es el soporte de una identidad posible en el vínculo armónico con la naturaleza: «El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza» (p. 367). «El sol dulce», el «aire leve, veteado», el canto del río o las «cariñosas estrellas» alientan, apadrinan la marcha hacia la independencia, así como amparan la persistencia del poeta en la guerra.

NOTAS

1. *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, 2ª ed., vol. 4, p. 283. La cita pertenece al discurso conocido como «Los pinos nuevos» pronunciado por Martí en Tampa el 27 de noviembre de 1891. Todas las citas de Martí provienen de esta edición. Los diarios se encuentran en el vol. 19.
2. Julio Ramos, «El reposo de los héroes», en el coloquio «Ideas, intelectuales y cultura en la primera mitad del siglo XX», realizado en la Universidad de Quilmes (Argentina) del 8 al 10 de noviembre de 1995. Mimeo, p. 1.
3. Arcadio Díaz Quiñones, «Martí: las guerras del alma» en *Apuntes Posmodernos*, vol. 5, n. 2, 1995, p. 5.
4. La observación proviene del prólogo de Salvador Bueno a *Ultimo diario de José Martí*, La Habana, La tertulia, 1962. Tomo la cita de Alfredo Alzugarat, «El diario de campaña de Martí como testimonio», en Hugo Achugar, comp., *En otras palabras, otras historias*, Montevideo, Facultad de Humanidades, 1994, p. 94.
5. Wolfgang Iser, «El proceso de lectura», en Warning, Rainer, ed., *Estética de la recepción*, Madrid, Visor, 1989, p. 153.
6. Estoy pensando en las reflexiones de Michel Foucault, tanto en *El orden del discurso* (Barcelona, Tusquets, 1973) como en «Qu'est-ce qu'un auteur?» (en *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, n. 63, 1969, pp. 73-95). Este diario se edita cuando ya han aparecido las *Obras del Maestro*, (1900-1919) en 15 volúmenes, y varias ediciones de sus obras completas han salido o están en marcha.
7. Vol. 20, p. 226.
8. Fina García Marruz y Cintio Vitier, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, p. 219.
9. Aunque las cartas contemporáneas al diario de campaña cuentan similares o los mismos episodios, a veces usando las mismas frases, el estilo las distancia de este último. Compárese el relato de 25 de abril con la carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, del día siguiente, y también con la enviada a Carmen Miyares y sus hijos, del 28. Pongo como ejemplo fragmentos similares. Dice el diario: «El tiroteo se espesa. Magdalena, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jiguera nueva. Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel, y chocolate de «La Imperial» de Santiago de Cuba. A poco, las noticias nos vienen del pueblo. Y ya han visto entrar un muerto, y 25 heridos. ... ¿cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino? ¿ni la sangre a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendimos la marcha de victoria, de vuelta al campamento.» (p.223/224). Cuenta a Gonzalo y Benjamín: «Del monte oíamos el gran tiroteo: afuera, con sus fuerzas bisoñas, José rechazaba a pecho limpio, en camino abierto, a una recia tropa española, que se retiró

al pueblo, con 25 heridos y 6 bajas: nosotros, 4 muertos y 4 heridos. No es horrible la sangre en el campo de batalla ...» (vol. 4, p. 133). En este momento del relato, la carta a Carmen y a sus hijos se parece más al diario: «Retumba de repente el tiroteo como a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros han vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columna entera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero pelearon cien.» (vol. 20, p. 228). En general siempre se diferencian las cartas del diario porque el diario se detiene más en los múltiples detalles de lo percibido o de los sucesos, mientras deja blancos o suprime nexos, dando al todo un ritmo rápido, sujeto a la mezcla y la fractura.

10. Tomo la cita de Ada María Teja, «El Diario de campaña de José Martí como discurso descolonizador y canto de vida», en *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Barcelona, P.P.U., 1994, vol. 2, 1145.
11. Maurice Blanchot, *El espacio literario*, Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 48.
12. La famosa carta de 1^o de abril de 1895 (vol. 20, pp. 476/479).
13. Véase Tulio Halperín Donghi, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
14. «Los poetas de la guerra», vol. 5, p. 229 y 230.
15. Véase Arcadio Díaz Quiñones, art. cit.
16. Gómez se asombra, en su *Diario de campaña*, de la resistencia de Martí. Dice el 14 de abril: «Nos admiramos, los viejos guerreros acostumbrados a estas rudezas, de la resistencia de Martí —que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie, por estas escarpadísimas montañas.» Y el 21: «Martí, al que suponíamos más débil por lo poco acostumbrado a las fatigas de estas marchas, sigue fuerte y sin miedo.» La Habana, Instituto del Libro, 1968, pp. 278 y 279.
17. Dice Ángel Rama en «La dialéctica de la modernidad en José Martí» en *Estudios martianos, Seminario José Martí*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1971, p. 150: «La relación afectiva central en la vida de Martí fue la del amor filial, que superó a la del amor conyugal y aun a la del amor paternal. Se supo hijo de alguien ...»
18. Vol. 4, p. 86. En este sentido es también importante la carta a Federico Henríquez y Carvajal, fechada en Montecristi el 25 de marzo. (vol. 4, pp. 110/112)
19. Indudablemente conociendo las cartas contemporáneas, Lola es la esposa de Ulpiano Dellundé.
20. Prácticamente se alejó de Cuba a los 16 años, volviendo solo una vez por corto tiempo.
21. Carta a Carmen Miyares y a sus hijos. vol. 20, p. 224.
22. Dice en carta de 15 de abril a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra: «A pie, y llegaremos, a tiempo de concertar las voluntades, parar los golpes primeros, y dar a la guerra forma y significación.» (vol. 4, p. 126)

23. Véanse, entre otras cartas, la enviada a Federico Henríquez y Carvajal citada.
24. Cartas a Benjamín Guerra y Gonzalo Quesada, de 1º de abril y de 15 de abril (vol. 444, pp. 121 y 128, respectivamente).
25. Carta a los mismos de 25 de marzo. Es interesante todo el fragmento para el tema planteado: «... me iré ajustando a nuestras realidades vivas y deponiéndome sin cesar, y quitándome de donde pueda cerrar la vía o entorpecerla; y velando sin desmayo, ni miedo a la injusticia o al mal juicio, por juntar en fusión viable los elementos opuestos o discordes de una revolución tan cosquillosa y espantadiza como la nuestra. Ese es mi oficio, sin que se me quebrante el valor, ni me lo oscurezca siquiera la inclinación real a quedarme en mi tierra, andando todos los días la jornada de todos. Yo soy un comino.» p. 108, vol. 4.
26. El general Máximo Gómez no anota la discusión con Maceo en su Diario de campaña, sino el disgusto porque éste no acudió a la cita convenida; apunta en mayo 3: «No hemos podido vernos con el General Antonio Maceo pues ha salido en operaciones —y como nuestra presencia es necesaria en el Centro, después de dejarle instrucciones para todo, continuamos.» Día 5: «... nos movimos por el Triunfo almorzando en el Ingenio... en unión del general Antonio Maceo, cuyo Jefe encontramos por aquí, sin que anduviese en operaciones, según nos había anunciado. Después, y como a eso de las 4 de la tarde nos condujo a las afueras de su campamento, en donde pernoctamos solos y desamparados, apenas escoltados por 20 hombres bisoños y mal armados.» Mayo 6: «... al marchar rumbo hacia Bayamo, confusos y abismados con la conducta del General Antonio Maceo, tropezamos con una de las avanzadas de su campamento de más de dos mil hombres y fuerza nos fue entrar. El general se disculpó como pudo, nosotros no hicimos caso de las disculpas como lo habíamos hecho del desaire y nuestra amarga decepción de la víspera quedó curada con el entusiasmo y respeto con que fuimos recibidos y vitoriados por aquellas tropas.» Este encuentro es el que narraría Martí en las páginas arrancadas.
27. Si bien el héroe mayor americano es Bolívar para Martí, es en su crónica «Un héroe americano» donde convierte a Páez en el guerrero y el caudillo por antonomasia de las guerras de independencia. La crónica apareció en *La Nación* de Buenos Aires el 13 de mayo de 1888. Otra muy similar, más breve, se publicó en *El Porvenir*, en Nueva York, el 11 de junio de 1890. Recogidas en el vol. 8, pp. 211/222.
28. «Modernidad y antimodernidad en el Diario de campaña», en *Actas del Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos. Homenaje a José Martí*, La Plata, Argentina, Universidad Nacional, 1994, p.148.
29. «Entre las hojas del diario de Martí», en *Actas* arriba citadas, p. 135.
30. Esta cuestión preocupa a Martí, como lo muestra, entre otros textos, el *Manifiesto de Montecristi*. Dice en carta a Benjamín Guerra y Gonzalo

Quesada de 10 de abril sobre los temas en que deben insistir en *Patria*: «moderación y patriotismo del cubano negro, y certeza probada de su colaboración pacífica y útil.» En carta a Manuel Mercado, de 18 de mayo: «... el corresponsal del *Herald* ... me habló de la actividad anexionista ... contenta solo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, —la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.» (vol. 4, pp. 122 y 168 respectivamente).

31. Reitera esta felicidad y sus significaciones en las cartas. En la de 15 de abril a Gonzalo Quesada y Benjamín Guerra: «Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre ...» (vol. 4, p. 124). A Carmen Miyares y sus hijos, de 16 de abril: «Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Solo la luz es comparable a mi felicidad.» (vol. 20, p.224).